

perfecta verdad las impresiones de una mujer crecida en el campo. Es ésta una composición de las que llaman *vividas*; tiene del arte moderno el esmero quizá excesivo en la forma, pero, qué candor, qué dulzura tan grandes hay en el sentimiento que la ha inspirado!

De Josefa Murillo es fuerza esperar trabajos que supediten al anterior en originalidad y belleza. Amante de su suelo natal y cual corresponde á una poetisa de su escuela, báñase para cantarlo, en un torrente de luz: en los rayos del sol esplendoroso de *Tlacotalpam*.

Laura Méndez de Cuenca, — lo he dicho ya en otro capítulo, — vive actualmente en San Francisco de California. Allí dirige hace varios años un colegio de niñas y parece que ha olvidado á las musas.

Esta señora ha escrito versos muy singulares y que la apartan del bando femenino por el vigor extraordinario de la frase y la valentía del pensamiento.

Alguna vez, dulcificando su estilo y en obediencia á sinceras penas, ha dicho así:

Cual nave que entregada á los rigores
del noto bramador,
zozobra envuelta en encrespadas olas
sin rumbo ni timón,
sin más luz que la luz de los relámpagos,
sin más Norte que Dios,
así también en el erial del mundo,
sin fe, sin ilusión,
con la mirada fija en el abismo
y el alma en el dolor,
perdida entre las zarzas que á mi paso
el destino arrojó,
vago al azar con la esperanza muerta
y muerto el corazón...
Así también en orfandad sombría
abandonada estoy,
y así desde la cuna hasta el sepulcro,
desde la nada á Dios,
es una sombra para mí la dicha,
mentira la ilusión,
fantasma que se borra, la esperanza,
verdad sólo el dolor.

Laura Méndez, por lo que de ella sé, es un ejemplar humano digno de estudio; una mujer que á fuerza de padecimientos ha adquirido el temple de un hombre á quien no rinden las asperezas del camino terrestre ni las inclemencias del cielo.

Sin ser hermosa, — declaración que sólo

puede hacerse ante un espíritu superior como el suyo,— ha logrado inspirar el interés que no despiertan otras hermosas; sin bienes de fortuna y con su honrado trabajo personal, ha sabido mantenerse en la medianía que exige el mundo para no perdernos entre las inferiores capas sociales.

Triste y halagador espectáculo es á la vez, el que una débil mujer ofrece luchando con las solas armas de su talento, contra esa montaña de preocupaciones y de miserias que le cierra el paso de la fortuna.

No pocos individuos del bello sexo, llenos de mérito real, sucumben de cansancio y dolor cuando no entre la burla de los infames, porque quieren con la pluma ganar un puesto concedido al más vulgar de los hombres.

Nuestras sociedades, mitad religiosas al uso de la Edad Media, mitad moriscas, no consienten todavía la libre expansión del espíritu femenino. La mujer ha de ser víctima de los caprichos del hombre ó su verdugo en caso contrario. Sustraerse á la ley común, presentarse ella en el campo de batalla de las ideas que no sean cristianas, quiere de-

cir perder una parte de las prerogativas concedidas *in nomine*, al bello sexo. Y esto explica la crueldad con que suelen ser tratadas por los mismos hombres de pluma, algunas mujeres que honran con su talento á la sociedad en que viven.

Laura Méndez, periodista ayer, ha saboreado los amarguísimos frutos de tal empleo.

Si en la prensa llaman ladrón y canalla al hombre que defiende éste ó aquel principio, ¿qué no llamarán á la mujer que mide allí, sus armas con gallardía?

La viuda del celebrado poeta Cuenca, representa una familia todavía, en el mundo hispano-americano, muy desdichada.

Con las señoras que se permiten pensar y escribir, hay menos urbanidad entre nosotros, que con aquellas que no hacen sino bailar y abrirse el escote hasta la cintura.

Y si no ¿cómo evitar el que una alabanza á tal ó cual escritora no sea seguida, fatalmente, de indecentes comentarios sobre su vida?

Los seres más calumniados son sin disputa alguna, las literatas que obtienen triun-

fos ruidosos. Feliz aquella á quien después de contarle ocho ó diez amantes, no resulta firmando escritos ajenos!

Hombrecillos ignorantes y brutos que ante una mujer de talento no saben decir palabra, son los enemigos más implacables que aquélla tiene. No; no existe envidia peor que la del hombre torpe á la mujer hábil. Doblemente humillado el uno, se cree desposeído por la otra, de un bien nativo, y mancha así, con placer su reputación, como un puerco el agua transparente con el hocico.

Laura Méndez de Cuenca es autora de unos versos que inmortalizarán su nombre. Titúlense, *Oh corazón!* y nadie que los lea dejará de experimentar por la poetisa, admiración la más grande.

¡ Oh corazón! ¿qué vales ni qué puedes
de este vivir en el artero abismo,
si presa tú de las mundanas redes,
eres siervo y señor á un tiempo mismo?

¿Quién á tu ley su vanidad no humilla?
¿Á quién si ruegas, tu humildad no mueve?
¿Eres luz y verdad? ¿Eres arcilla?
¿Guardas lo eterno, ó lo mudable y breve?

¿Qué vínculo, qué lazo hay en tu esencia
entre el yo pensador y el sentimiento?
¿Al pensamiento guardas obediencia,
ó dominas audaz al pensamiento?

¿Por qué formas de amor volcán hirviente,
si tu latir á otro latir responde?
¿Dónde guardas del odio la serpiente?
la torpe envidia y la ambición, en dónde?

Yo no lo sé; mas la virtud y el vicio
juntos te inspiran por extraño modo:
si abnegado, capaz del sacrificio;
réprobo y criminal, capaz de todo.

Invisible poder tu curso entrena;
múltiple forma á tu capricho mudas:
tétrico en Hamlet, triste en Magdalena,
sublime en Jesucristo, real en Judas.

Amas al mundo y sueñas con el cielo;
tremenda lucha en que tu sér exhalas;
así el ave nacida para el vuelo
calienta el nido en que plegó las alas.

Ruedas á veces á la cripta muda
de beatífica fe sublime ejemplo,
y otras, roído por sangrienta duda,
mártir espiras al umbral del templo.

Ya eres ternura y místico idealismo;
ya deleite sensual de amante pena;
ora fe y religión, ora ateísmo,
dogma que salva y duda que condena.

Penumbra ó claridad, verdad ó mito,
vives, palpitas, gozas y padeces ;
por el amor confiesas lo infinito,
y aceptas el infierno si aborreces.

¡ Qué batallar con la pasión á solas !
¡ Qué fiera lid á solas con la idea !
¡ Qué dejar en el ara en que te inmolas,
carne que abrasa y sangre que caldea !

¡ Qué vida tan inquieta la del mundo !
¡ Qué promesa tan dulce la del cielo !
La Muerte... ¡ qué misterio tan profundo !
La Nada... ¡ qué terrible desconsuelo !

Cese ya, corazón, tu lucha fiera,
y que la luz al pensamiento acuda :
Si eres fango no más ¿por qué se espera?
si eres obra de Dios ¿por qué se duda?...

¡ ... Misterio nada más !... y quien osado
pretenda conocerte... ¡ pobre loco !
Vives para ser barro, demasiado,
y para ser verdad, vives muy poco.

¿Cuál es el poeta que ha hecho del corazón
una pintura más valiente y extraordinaria ?

¿Existe en alguna colección de versos
americanos, composición de este género que,
no digo eclipse á la anterior, sino que la
iguale siquiera ?

¡Oh corazón! es producto de una literatura

muy avanzada. Como obra femenina dice
más en honor de Laura Méndez y aún de las
mexicanas en general, que cuanto pudiera
escribirse por un admirador entusiasta, á
riesgo de envanecerlas.